

¡Cuánta razón tiene Galeano! “En estos tiempos de tanta duda, uno sigue creyendo que la Tierra es redonda por lo mucho que se parece al balón que gira, mágicamente, sobre el césped de los estadios. Pero también el fútbol demuestra que esta Tierra no es muy redonda que digamos”.

Noam Chomsky desnuda el perfil terrorista de Reagan

□ Muchos de los antiguos personajes centrales *reaganitas* y *bushianos* han estado involucrados en apoyar el extremismo de la actual administración estadounidense en el terreno internacional, dice

PAG 24

Un millón de pesos, ganancia diaria de piperos en colonias pobres mexiquenses

□ Los *Reyes del Agua* imponen tarifas y controlan al menos 500 pipas □ Más de 50 mil personas sin tomas, su clientela cautiva

RENE RAMON, CORRESPONSAL

PAG 30

Amargo inicio de Portugal en la Eurocopa: Grecia lo derrotó 2-1

□ España dio cuenta de Rusia por la mínima diferencia

PAG 22a

HOY

masiosare

La Jornada
semanal

JOSÉ AGUSTÍN ORTIZ PINCHETTI	14
NÉSTOR DE BUEN	18
IVÁN RESTREPO	18
ANTONIO GERSHENSON	19
ROLANDO CORDERA CAMPOS	19
LAURA ALICIA GARZA GALINDO	22
ANGELES GONZÁLEZ GAMIO	34
PATRICIA GALEANA	4A
BÁRBARA JACOBS	6A
CARLOS BONFIL	7A

MAR DE HISTORIAS

La cuerda floja

■ CRISTINA PACHECO

Las carpas del circo se levantan en el centro de una explanada suburbana. Las rodean basureros y edificios que soportan anuncios espectaculares incitando a comprar placer, juventud eterna, automóviles, condominios, ropa de marca, vacaciones en paraísos terrenales. Cerca de un carromato vacío hay una oficina improvisada. Allí despacha el gerente. Sus empleados lo llaman don Ricardo; sus amigos, *Pirañita*. Conquistó el sobrenombre desde que tuvo la ocurrencia de incorporar a sus métodos publicitarios un enorme exhibidor de cristales donde el pez amazónico se debatía entre la voracidad y la impaciencia.

—Don Ricardo... —Estéfano golpea otra vez el panel que amuralla a su patrón. —Don Ricardo...

—¿Qué quieres?— pregunta el gerente sin apartar los ojos de su computadora.

—Raymundo está aquí.

—¿Otra vez?— Ricardo, incrédulo, agita la cabeza: —Ese cabrón no entiende.

—Dice que le urge hablar con usted. Promete no quitarle más de cinco minutos—. Estéfano traga saliva: —Me insistió en que *le suplica*...

—¿Qué maricón!— Ricardo se echa hacia atrás en su silla de director de cine: —¿Cómo está?

—Fregado— responde Estéfano ladeando la cabeza.

—No es el único— Ricardo se acerca otra vez a la computadora y relee las cifras en la pantalla. —Todos andamos igual.

—¿Qué le digo a Raymundo?— Estéfano siente la mirada severa de su jefe. —Si usted me lo ordena, lo echo.

—No serviría de nada. La última vez lo echaste y ya volvió—. Ricardo reflexiona unos segundos: —Que pase, pero adviértele que no puedo concederle más de cinco minutos.

—A la orden, patrón—. Estéfano se aleja de prisa, para no dar tiempo a que Ricardo le dé una contraorden.

II

Antes de entrar en la oficina, Raymundo se alisa la chamarra y sonríe. El gesto contradice la angustia que expresa su mirada.

—¿Se puede, don Ricardo?

—Vamos progresando: la última vez me llamaste *perro*.

—¿Qué es lo que sé, *Ray King*?

Al escuchar el sobrenombre que lo acompañó durante sus años de estrellato en el circo, Raymundo se estremece, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¿Y la pierna?— continúa Ricardo.

—Como nueva—. Para demostrar que dice la verdad, Raymundo hace una flexión: —El lunes me dieron de alta en la hidroterapia.

—¿En serio te ha servido esa madre? —Bastante. Con decirle que hasta bailo—. Raymundo sonríe, pero no obtiene respuesta. —Hablando en serio, ya volví a entrenar. Camino seis kilómetros diarios. —¿Me alegro, *Ray King*! ¿En qué circo vas a trabajar?

Raymundo aspira una bocanada de aire antes de responder:

—En éste—. Vigila la reacción del gerente y continúa reverencial: —Digo, si usted me lo permite.

Ricardo ladea la cabeza, como si intentara distinguir un ruido entre los muchos que llegan hasta su oficina. Apoya las manos en las rodillas y se inclina. Ignora que parece un ave que picotea:

—Ahora sí no te entiendo: juraste que no volverías a trabajar con un perro como yo y ahora...

—Compréndame: el accidente me afectó muchísimo.

—¿Y de quién fue la culpa?— Ve a Raymundo indeciso.

—Al chile, contéstame.

—De los dos. Usted me pidió que montara un número espectacular para hacer mierda a la competencia, y por eso se me ocurrió subir la cuerda a siete metros—. Raymundo se mira la pierna derecha: —Y ya ve las consecuencias.

—Pudieron ser mucho peores. Imagínate si te hubiera autorizado a levantar la cuer-

¿Y TOODO PARA QUE?



FERNANDO ACEVES

Hoy, el grupo texano Intocable, que revitalizó la música grupera, establecerá un récord al llenar por cuarta vez el Auditorio Nacional

PAG 8a

da hasta los diez metros—. Ricardo adopta un tono plañidero: —En vez de agradecerme, te pusiste a decir por todas partes que yo era un infeliz negrero, explotador. Con eso me causaste un daño tremendo.

—No fue a propósito—. Raymundo da un paso adelante:

—Trate de entender lo que sentí cuando me mandó decir con Estéfano que no estaba dispuesto a pagar mi operación ni el hospital. El recadito me dolió más que la caída.

—¿Y crees que no me lastimó saber lo que andabas diciendo de mí?— Ricardo se lleva la mano al pecho. —Si el hablador hubiera sido otro, te juro que no me habría importado tanto. Pero de ti... ¡Chingada madre! Yo te hice *Ray King*. Antes de llegar a mi circo no eras nadie ¿o sí?

—No, nadie—. Raymundo se muerde los labios: —¿Ya perdóneme!

—Muy bien: te perdono y luego ¿qué? O, mejor dicho: ¿para qué?

—Mi mujer acaba de dar a luz un niño.

—¿Viniste a pedirme que seamos compadres?

—No se burle. Usted sabe por qué estoy aquí: necesito trabajo—. Raymundo desliza la mano por la pierna derecha: —Ya está bien, ni parece que me la partí en dos.

—¿Crees que puedas revivir a *Ray King*?

Raymundo besa la señal de la cruz que forma con sus dedos:

—Por ésta que sí— Adivina los pensamientos de Ricardo: —Si quiere le firmo un papel diciendo que en caso de sufrir otro accidente me consideraré el único responsable.

—¿Y por qué no tomaste esa precaución cuando se te ocurrió subir la cuerda a siete metros?

—Porque ni en sueños creí que pudiera caerme.

—Ni yo, fíjate: tanto confiaba en ti. Pero eso no sirvió de nada cuando los inspectores vinieron a revisar las condiciones en que trabaja mi personal—. Ricardo se frota la nuca: —Mientras estabas tirado en tu camita yo tuve que aguantar un chingo de preguntas y narices metidas hasta en mi excusado.

—Lo dice como si me hubiera ido de vacaciones al hospital. No puede imaginarse el dolor y la preocupación de saber que usted no atendía a mi esposa.

—¿Eso te dijo Ana? ¡Pues qué habladora! Pregúntale a Estéfano si no la recibí cuatro veces.

—Sí, para decirle que de ninguna manera iba a pagar el hospital—. Raymundo va a sentarse en la única silla vacía. Con disimulo se frota la pierna.

—¿Te duele, verdad? Y sólo porque has estado de pie. Imagínate cómo será si te pones a hacer *tu numerito*.

—Es distinto. Ya estando en la cuerda, soy otro. No me pesa nada, sólo pienso en... —Raymundo advierte la sonrisa escéptica de su antiguo patrón: —Está bien: